

San Agustín

El agua, símbolo bíblico del don vivificante del Espíritu Santo, signo de vida en la conciencia humana y en la historia de la salvación, constituye el tema litúrgico de este Domingo, en el que se tienen de modo especial se tiene presentes a los catecúmenos, que se preparan para ser bautizados en la Vigilia Pascual.

–**Éxodo 17,3-7**: *Danos agua para beber*. El agua viva que Moisés dio misteriosamente a su pueblo, sediento en el desierto, era signo de la Providencia divina. **Comenta San Agustín**:

«Bebieron la misma bebida que nosotros, pues la Roca era Cristo. Bebieron, pues, bebida espiritual, la que se tomaba por la fe, no la que se bebía con el cuerpo. Oísteis que era la misma bebida: la Roca era Cristo... fue golpeada la roca misma con el madero para que saliera agua, pues fue golpeada con una vara ¿Por qué con madera y no con hierro, sino porque la Cruz fue acercada a Cristo para darnos a beber la gracia?

«Así pues, el mismo alimento y la misma bebida, mas esto sólo para los que entienden y creen. Para los que no entienden, allí no había más que maná y agua, alimento para el hambriento y bebida para el sediento. Entonces Cristo tenía que venir aún; ahora, Cristo ya ha venido... distintas palabras, pero el mismo Cristo» (Sermón 352,3)

–«Venid, aclamemos al Señor, demos vítores a la Roca que nos salva; entremos en su presencia dándole gracias. No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto, cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras» (**Salmo 94**).

–**Romanos 5,1-2.5-8**: *El amor de Dios ha sido derramado en vuestros corazones por el Espíritu Santo que se os ha dado*. En la Nueva Ley, Cristo es la garantía de nuestra fe y de la vida divina que, por el don del Espíritu Santo, se derrama en nuestros corazones. **San Agustín** comenta este pasaje paulino:

«¡Admirable bondad de Dios, que nos otorga un don igual a Él mismo! Su don es el Espíritu Santo. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un Dios único: la Trinidad. Y ¿qué bien nos trajo el Espíritu Santo? Óyeselo al Apóstol: El "Amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones". ¿De dónde, oh mendigo, te vino ese amor de Dios descendido en tu corazón? ¿Cómo ha podido este amor divino ser derramado en el corazón de un hombre?

«"Llevamos este tesoro en vasos de barro, dice el Apóstol". ¿Por qué en

vasos de barro? Para que resalte la fuerza de Dios. Y, por último dice: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones", y, para que no se atribuya nadie a sí mismo el amar a Dios, añade: "por el Espíritu Santo que nos ha sido dado".

«Luego, para que tú ames a Dios es necesario que Dios more en ti, que su amor venga de Él y vuelva de ti a Él; o sea, que recibas su moción, ponga en ti su fuego, te ilumine y levante su Amor» (Sermón 128,4).

-Juan 4,5-42: *Un surtidor de agua que salte hasta la vida eterna.* El encuentro personal con el Corazón de Cristo, por la fe y el amor, es la base misma de los sacramentos, signos de la acción de Dios que nos salva en su Hijo Redentor. También **San Agustín** contempla el pasaje evangélico de la samaritana, al hablar de los encuentros redentores personales de Jesús en el Evangelio:

«Les propuso la parábola de dos personas deudoras de un mismo acreedor. También Jesús deseaba a Simón, que le había invitado a comer su pan. Tenía Él mismo hambre de aquél que le alimentaba... Es lo mismo que dijo a la samaritana: "Tengo sed". ¿Qué quiere decir "tengo sed"? Quiere decir: "Anhelo tu fe"» (Sermón 99,3).

El encuentro de Jesús con la samaritana marcó la vida y la conciencia de aquella mujer, para transformarla y redimirla. Nosotros también tenemos que ser marcados por la Eucaristía que celebramos y recibimos.

(Tomado de GARRIDO BONAÑO O.S.B., Manuel. Año litúrgico patrístico. Fundación Gratis Date)